

## CAPÍTULO 1

# DE CÓMO EL NACIMIENTO DE UNA CRIATURA PONE EN PELIGRO LA PAZ DE DOS NACIONES FRONTERIZAS

Jimmy no sabía bien si era gallego, norteamericano o azteca.

Su padre era de la provincia de Orense y su madre también. Su padre había pasado la mayor parte de su vida en los Estados Unidos trabajando primero en unas minas en California y después de fabricante de ataúdes en un barrio de Nueva York. Pero hizo otras muchas cosas: fue vendedor de Biblias, ascensorista y agente de una industria de telas metálicas contra el humo de las fábricas. De su época de vendedor de Biblias le quedó su afición a tocar la trompeta.

El padre de Jimmy se llamaba Gervasio Castiñeira y tenía catorce años cuando marchó a los Estados Unidos. Fue con un hermano mayor que se llamaba Fermín. Pasado algún tiempo el hermano no quiso continuar allí y dejó el Colorado por las orillas del Miño. Decía que éste era un río risueño y el otro solemne y que la solemnidad a él le hacía bostezar a diario. Pero Gervasio le tomó tanta afición al país de los rascacielos que se quedó allá y solamente vino una vez

para «estirar un poco las piernas», como decía él, buscar mujer y casarse.

Estuvo unos cuantos meses en Galicia y por último volvió a levantar el vuelo llevando consigo a su mujer, pues no quería que sus hijos, caso de tenerlos, nacieran en Galicia, es decir, que no quería de ningún modo que fuesen gallegos, sino norteamericanos.

Esta idea no había manera de que se la quitase nadie de la cabeza, que era más dura que la madera de que están hechos los ejes de los carros en aquella tierra.

Estaba su mujer en aquella época en el octavo mes de su primer embarazo y Gervasio apuró las cosas para que el hijo que naciese abriese los ojos en el país del Tío Sam. No había tiempo que perder.

Hicieron el viaje por Méjico, pues Gervasio tenía que resolver en Chihuahua ciertos asuntos antes de cruzar la frontera. De Chihuahua fueron los dos a Ciudad Juárez cerca ya de la línea fronteriza.

Entonces ocurrió una cosa: al tomar el tren y cuando éste llevaba recorridos unos cuantos kilómetros unos bandidos hicieron saltar la vía. Algunos vagones descarrilaron pero Gervasio y su mujer no sufrieron daño alguno. En aquel mismo momento la mujer de Gervasio empezó a sentir los dolores del parto. Estaba oscureciendo y el marido consiguió sacar a su esposa fuera del tumulto en que se encontraban los viajeros, muchos de ellos heridos. Pero Gervasio no tenía otro pensamiento que ganar la frontera fuese como fuese, y detrás de este pensamiento, otro más fuerte aún; el de que su primer hijo naciese en el país más

rico del mundo. Así es que toda la noche no hizo otra cosa que andar y andar, obligando a su esposa a que se metiese un pañuelo en la boca y a que tirase para adelante.

Entonces ocurrió otra cosa: al amanecer llegaron a la vista de unas alambradas. Pero la mujer no podía más. Entonces fue él y se la echó sobre los hombros.

Un soldado mejicano lo vio y le dio el alto. Gervasio apretó el paso; el soldado apretó el gatillo, y como resultado de estas dos maneras de apretar, una pierna de aquél fue traspasada de parte a parte.

Ocurría esto cuando Gervasio con su esposa a cuestas pisaba justamente la línea fronteriza, y cayó al suelo, quedando su mujer en posición decúbiteo supino, con la mitad del cuerpo en tierra mejicana y la otra mitad en los Estados Unidos.

En estas condiciones nació Jimmy.

Como el hecho se había producido a la vista de un soldado mejicano y de un sargento y un soldado del ejército yanqui y en la misma línea divisoria, la cosa se convirtió en un asunto muy delicado, pues dio lugar a que se entablase un duro forcejeo entre las autoridades de uno y otro país para determinar de qué parte estaba la pretendida nacionalidad del recién nacido. Se insistió mucho en el «*jus soli*», o derecho del suelo. Unos decían que correspondía inscribirlo como nacido en Méjico atendiendo a que la cabeza de la madre, en el momento de dar a luz, descansaba sobre suelo mejicano; otros que no era así, puesto que si la cabeza se apoyaba en dicho territorio, la mayor parte del cuerpo descansaba en territorio de los Estados Unidos, razón por

la cual el recién nacido debía ser inscrito como ciudadano norteamericano. Los juristas de la parte mejicana sostenían que la cabeza es la que gobierna todos los centros motores del cuerpo y que siendo el alumbramiento una consecuencia de ese complejo orgánico la criatura era en cierto modo hija más de la cabeza que de otra parte del cuerpo. A tales argumentos, que los juristas norteamericanos tachaban de especiosos, respondían éstos que si bien la cabeza gobernaba todos los centros motores, las criaturas donde se alojaban era en el claustro materno y que hasta la fecha no sabían de cabeza alguna, como no fuera la de Júpiter cuando alumbró a Minerva, que pudiese dar a luz otra cosa que ideas o pensamientos, y éstos no siempre acertados como bien se veía por lo absurdo de la pretensión de los que tan mal ejercían el Derecho en la patria de Benito Juárez.

Esto se consideró como un insulto grave y los periódicos mejicanos primero y los ministros después arremetieron contra los Estados Unidos y la esclavitud de los negros. Por su parte, la prensa norteamericana contestó burlándose de los presidentes mejicanos y de sus soldados y con caricaturas alusivas a los pantalones blancos, como calzoncillos, de la clase popular. Hubo cambio de notas entre los gobiernos de ambos países y las relaciones se hicieron muy tirantes.

A todo esto los padres de Jimmy habían continuado viaje a Nueva York, ya repuestos uno de la herida que había sufrido en una pierna y la otra de su parto accidentado. Pero el padre de Jimmy estaba satisfecho. Ahora podía sentirse orgulloso de que su hijo hubiese sido declarado ciudadano de los Estados Unidos.

En la primera carta que Gervasio escribió a su hermano Fermín le decía entusiásticamente: «Te regalo todos mis bienes. Con ellos no saldrás nunca de ser un pobre gallego. Yo soy rico, pues he logrado que mi semilla empiece a dar sus frutos a la sombra de la Estatua de la Libertad. Lo he conseguido. Mi primer hijo no se llama Pepe, ni Manuel ni Eleuterio. ¡Se llama Jimmy! ¡Goodbye!».